

El catastro me tachó con tinta roja:
"zona de riesgo", "terreno baldío"...
Pero mis muros recuerdan:
aquí hubo arepa, aquí ardieron fogatas,
aquí crecimos a pesar del frío.

Ahora los bulldozers gruñen a mi puerta
bajo las estrellas de la gentrificación.
Pero escuchen bien, señores del cemento:
cuando me derrumben,
saldrán raíces de mis cimientos
y treparán por sus torres de cristal
hasta rajarlas con verdades verdes.

Soy la casa que nadie quiso heredar,
pero en mi sombra crecen los niños
que mañana van a tumbar
cada pilar que sostiene la vida del buchón,
la paz individualista e irresponsable del moderado,
y respetarán el orden natural.

Las casas se pueden derrumbar, los versos no.